

Juan Ramón Jiménez, *En la rama del verde limón*, edición de Soledad González Ródenas, Rute (Córdoba), Ánfora Nova, 2022, ISBN: 978-84-124406-4-5, 120 pp.

La editorial ruteña Ánfora Nova, con la colaboración de la Diputación y la Universidad de Córdoba, junto con la Fundación Cajasol, publica *En la rama del verde limón*, de Juan Ramón Jiménez, en edición de Soledad González Ródenas. Se indica en el Prólogo (9-31) que es la primera vez que se alumbra esta antología de manera agrupada, compuesta por 51 poemas, seleccionados por el poeta para la colección «El jirasol y la espada», que tenía programada como editor independiente. El libro, fechado hacia 1920, está dedicado a la hija de Gabriel García Maroto, Sara García Narezo, de dos años de edad, a la que acababan de diagnosticar una sordera congénita que le impedía aprender a hablar, de ahí el lema de la obra: «voz para sus ojos». Estos poemas quedaron sin publicar en la casa de Madrid cuando JRJ y Zenobia se exiliaron en 1936. Más tarde, su amigo Juan Guerrero, al remitir aleatoriamente paquetes de archivos, los separa, quedando una parte en Madrid y la otra en Puerto Rico.

En la rama del verde limón nace en el contexto de la *Segunda antología poética (1898-1918)*, aunque con objetivos diferentes, pues no pretende ser representativa de toda su obra, sino reunir para la mentada ocasión editorial un conjunto de canciones compuestas desde sus inicios hasta aproximadamente 1920, unificadas temática y formalmente (15-18). La colección es representativa de una etapa en la que, como señala Soledad González Ródenas, «el poeta se transformará a través de sus sentidos en un microcosmos que se corresponde con la esencialidad del macrocosmos conformado por ese entorno y el sagrado espíritu que de él emana» (25), una sacralización poética de la naturaleza como vía trascendente en su proceso de búsqueda de pureza, verdad y belleza (25-28).

Entre temblores, empieza: «He venido. /Pero allí se quedó mi llanto, /a la orilla del mar, /llorando» (39). Con cita de Góngora, la canción número 2 dice: «Tus ojos me traspasaron /con rayos negros mis ojos. //Les busqué fuga en dos alas /blancas. Volé con tus ojos» (40). A continuación, encontramos: «¡Allá va el olor /de la rosa! / ¡Cójelo en tu sinrazón!» (42). Con el rumor de la arena, escribe en el número 4: «Andando, andando. /Mi corazón ya es remanso; /ya soy lo que me está esperando» (43). Enlaza abril y amor en el poema 5: «Me besó la boca /con un beso inmenso. /Abril vino al mundo /y yo quedé muerto» (44). Contempla cómo unas ramas sólo encuentran el amparo de los cielos en la canción número 6, *Otoño último*. Querencias de auroras ante la adversidad en la 9, seguidas de la rendición ante una tarde hermosea de sol tibio en la canción número 10: «¡Ay, río solo, /plata de sol! / ¡Qué hermosa la tarde!» (50).

Se abre la vida ante sus ojos: «Me escondí en el arbusto. / ¡Ay, cómo olía, /cómo olía a la vida! //Me oculté en la corriente. / ¡Ay, cómo huía, /cómo huía a la vida!» (51). Musicalidad y colorismo en el poema número 14: «Morado y verde limón /estaba el poniente, madre. /Morado y verde limón /estaba mi corazón» (54). Ahonda el horizonte en la canción número 16: «Pájaro del sueño rosa, / ¿de dónde eres, dónde estás?» (57). Buscando el abrigo del sol, escribe: «Un poquito de sol, / y el jardín chorreante chorrea luz, amor» (58). Antecedente lorquiano, como ha apuntado Soledad González (29), en la 18: «Verde es la niña; tiene /verdes ojos, pelo verde» (59). La eternidad del instante brota en la número 19: «Cada minuto de este oro, / ¿no es toda la eternidad?» (60). En *Canción alegre*, la mañana trae brotes de horizontes nuevos. Queriendo atrapar al tiempo entre versos, escribe en la 22: «En el viento azul se van/ los versos de esta mañana... / ¿Dónde están / los versos de esta mañana?» (63).

Navegando por el mar del cielo en la canción 24, JRJ finaliza evocando al alba para salvarse del sacrificio diario en el 25. Deslumbramiento de honduras en la canción

26: «¡Yo sólo vivo dentro /de la primavera!» (68). En la 27, se rinde a la cadencia: «¡Tu voz! Te la oía antes, /pura, como aquella fuente /al viento, entre el matinal /verdor» (70). Despliega sutilezas en el poema 28: «—¡El aroma que una rosa /deja en unos ojos suaves...!» (71), mientras anhela al sol de amor en el 30: «¡Cuánto tardas en salir, /sol de hoy, sol de hoy! / ¡Sal, que me ahogo!» (73). Retorna la magia de albores en el número 31: «Tierra del alba, /oscura, /calada de luceros; / ¡cómo te haces tú corazón mío!» (74). La canción número 32 timbra delicadezas con: «Todo el otoño, rosa, /es esa sola hoja tuya /que cae» (75). Brotes de color en la 34: «¡Hojita verde con sol, /tú sintetizas mi afán; /afán de gozarlo todo, /de hacerme en todo inmortal!» (77). Confiesa en la 37: «¡Esta es mi vida, la de arriba, /la de la pura brisa, /la del pájaro último, /la de las cimas de oro de lo oscuro!» (80). Se pregunta dónde desemboca la herida de los cielos en la 39: «¿Adónde, nubes del ocaso, /con esa breve luz, adónde? // ¿Adónde, nubes del poniente, /con esa luz eterna, adónde?» (83). Rendición en la 42: «¡Cómo, olor, / me entras la rosa en el alma! // ¡Cómo, luz, / me entras la estrella en el alma! // ¡Cómo, amor, / me entras la vida en el alma!» (86). Evocación de ocaso en la canción 43: «La tierra se quedó en sombra, /las altas nubes ardían; /y yo pensaba en la muerte, /que ha de partirnos un día» (87). Los almendros arropan un fino temblor de auroras en el 45, mientras el río de la vida transita en el 47. En el 49, dice: «Alrededor de la copa /del árbol alto, /mis sueños están volando» (95). En el número 50, escribe: «¡Mis ojos abiertos! / ¡Llebadme a la mar, /a ver si me duermo!» (96). Cierra en la canción 51 con: «Mis ojos serán, serenos, /los suyos; / los miraré sin preguntas, /uno en lo uno» (97).

Acompaña la antología unas Notas finales que detallan la fuente documental de cada poema, así como las publicaciones en las que fueron reproducidos. Como indica Soledad González Ródenas, en estas Notas «los poemas aparecen numerados, tal como lo están en el cuerpo del libro, y clasificados según los títulos de los que el mismo poeta determinó que procedía cada uno de ellos» (31), permitiéndonos rastrear el recorrido de cada uno, así como su adecuada contextualización.

En la rama del verde limón es una obra que amalgama ecos de musicalidad de la lírica tradicional española, con la apertura a nuevos horizontes, ofreciéndonos hondura y proyección dentro del proceso de depuración de la poética de JRJ. En definitiva, cada libro inédito de JRJ que sale a la luz es un feliz acontecimiento que nos asoma a un trasmundo poético perfeccionista que hacen del Nobel moguerense referente de la mejor literatura escrita en español de todos los tiempos.

Manuel Carbajosa Aguilera
(Universidad Pablo de Olavide)